—¡Palabra! te va á sentar mal—exclamó el señor de Guersaint riendo cuando vió que su hija tomaba otro bollo.

María se rió también.

Después, con súbitas lágrimas en los ojos:

—¡Ah, qué contenta estoy, y al mismo tiempo cuánta pena siento al pensar que no todo el mundo está tan contento como yo!

II.

Eran las ocho, y María no podía contenerse de impaciencia en el cuarto, asomándose incesantemente á la ventana, como si con el aliento quisiese beber todo el libre espacio, todo el vasto cielo. ¡Ah, correr por las calles, por las plazas, ir por todas partes, más allá aún, más lejos de donde la llevaba su deseo, y mostrar que ella también estaba fuerte; tener la vanidad de andar leguas enteras ante el mundo, ahora que la Santa Vírgen la había curado! Era un ímpetu, un impulso de todo su ser, de su sangre, de su corazón; irresistible.

Pero en el momento de partir, decidió que su primera visita con su padre, debía ser para la Gruta, donde los dos tenían que dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes. Y en seguida, estarían libres; tenían dos largas horas por delante para pasear por donde quisieran, antes de que ella regresase para almorzar y hacer su pequeño paquete en el hospital.

—Veamos; ¿estamos ya? ¿Partimos?—exclamó el Sr. de Guersaint.

Pedro tomó su sombrero, y los tres descendieron hablando muy alto y riendo por la escalera, con una alegría de colegiales que entran en vacaciones. Ganaban ya la calle cuando bajo el soportal se precipitó la señora Majestad, que debía estar acechando su salida.

—¡Ah, señorita; ah, señores, permítanme que les felicite! Hemos sabido la extraordinaria gracia que les ha sido concedida á ustedes, y nos sentimos muy dichosos y muy honrados cuando la Santa Vírgen quiere distinguir á alguno de nuestros clientes.

Su rostro seco y duro se fundía de amabilidad; miraba á María con ojos que acariciaban.

Después, llamó vivamente á su marido que pasaba.

—Mira, amigo mío: es esta señorita.

El mondado rostro de Majestad, untado de manteca amarilla, adquirió una expresión de alegría y de reconocimiento.

—Es verdad, señorita, que puedo expresar á usted cuán honrados hemos sido. Jamás olvidaremos que su señor padre de usted estuvo en nuestra casa.

Esto ha hecho ya muchos envidiosos.

Y la señora Majestad, durante este tiempo, detenia á los demás viajeros que salían, llamaba con gestos á las familias instaladas ya en el comedor, y hubiera hecho entrar á la calle entera, si se la hubiese dejado ocasión para mostrar que tenía allí en su casa el milagro de que estaba maravillado todo Lourdes desde la víspera. La gente acababa por

amontonarse, se hacía poco á poco un corrillo, mientra que ella cuchicheaba al oído de todos:

—Mire usted; esa es la joven; ya sabe usted; la joven...

De pronto exclamó:

—Voy á buscar á Apolonia el almacén. Es preciso que vea á esta señorita.

Pero entonces la detuvo Majestad con aire digno.

—No; deja á Apolonia: ya tiene tres señoras á quien servir... Seguramente que esta señorita y estos señores no dejarán Lourdes sin hacer algunas compras. ¡Es tan agradable contemplar más tarde los recuerditos llevados! Y nuestros clientes no quieren comprar jamás sino en nuestra casa, en el almacén que tenemos junto al hotel.

—Ya he hecho mis ofrecimientos de renuevo,—añadió la señora Majestad.—Apolonia se considerará muy feliz mostrando á esta señorita lo más bonito que tenemos, y en condiciones de venta verdaderamente increíbles. ¡Oh, cosas encantadoras!

María empezaba á impacientarse de verse así detenida, y Pedro sufría con la despertada curiosidad que iba agrandándose alrededor ellos. Cuanto al señor de Guersaint, gozaba deliciosamente de esta popularidad, de este triunfo de su hija.

Prometió volver.

—Ciertamente; compraremos algunos juguetes. Recuerdos para nosotros, regalos que tenemos que hacer... Pero más tarde, cuando regresemos.

Por fin, se escaparon y descendieron por la avenida de la Gruta. Hacía un tiempo soberbio después de los chubascos de las noches precedentes. El aire matinal, refrescado, sentada bien, bajo la turbulenta alegría del claro sol. Una muchedumbre apresurábase sobre las aceras, atareada, contenta de vivir.

¡Qué arrobamiento para María, á quien todo parecía nuevo, encantador, inapreciable! Por la mañana, tuvo que aceptar que Ramona le prestase un par de botinas, porque ella se guardaría bien de tomar una de su maleta por superstición, temiendo buscar la mala ventura.

Las botinas le sentaban á las mil maravillas, y escuchaba con infantil júbilo á los pequeños talones pisar gallardamente sobre las losas. No recordaba haber visto casas tan blancas, árboles tan verdes, transeuntes tan gozosos. Todos sus sentidos parecían estar de fiesta y llenos, de maravillosa delicadeza; escuchaba músicas, olía perfumes lejanos, saboreaba el aire golosamente, como si fuese una soave fruta. Pero, sobre todo, lo que encontraba más encantador, más delicioso, era pasearse de aquel modo, del brazo de su padre. Jamás lo había hecho; era su constante sueño hacía muchos años, como una de esas dichas imposibles con las cuales se distrae el sufrimiento. El sueño se realizaba; su corazón palpitaba de alegría.

María se apretaba contra su padre, se esforzaba por marchar muy derecha, muy bella, para hacerle honor. El, estaba muy orgulloso, tan feliz como ella, mostrándola, pregonándola, desbordando de la alegría de sentirla á su lado, su sangre, su carne, su hija, radiante para siempre de juventud y de salud.

Cuando los tres atravesaban la meseta de la Merlasse, ocupada ya por la bandada de mercaderes, de velas y de *bouquets*, lanzados en persecución de los peregrinos, el señor de Guersaint exclamó:

—Seguramente que no vamos á llegar á la Gruta con las manos vacías.

Pedro, que iba al otro lado de María, dominado también por la ruidosa alegría que estaba viendo, se detuvo. En seguida fueron rodeados, invadidos por una nube de vendedores, cuyas rapaces manos les presentaban las mercancías hasta tocar en la cara con ellos. «¡Mi bella señorita; mis buenos señores; cómprenme á mí, cómprenme á mí, á mí, á mí!» Fué necesario forcejear para desembarazarse de ellos. El Sr. de Guersaint acabó por comprar el *bouquet* más grande, un ramo de blancas margaritas, apretado y duro como un repollo, á una hermosa muchacha gruesa y rubia, de veinte años á lo más, tan poco vestida en su desenvoltura que dejaba ver la libre redondez de su garganta bajo su camisa medio desabrochada. El *bouquet* no costaba, por otra parte, más que veinte sueldos; se dispuso á pagarlo de su pequeño bolsillo, algo extrañado de las maneras de la joven; y pensando interiormente que aquella muchacha se dedicaba seguramente á otro comercio, cuando la Santa Vírgen descansaba.

Por su parte, Pedro pagó las tres velas que María tomó á una vieja; tres velas de dos francos, demasiado baratas, según ella decía. La vieja, de cara angulosa, de nariz de presa, y ojos de lucro, se deshacía en melífluas reverencias.

«¡Que Nuestra Señora de Lourdes bendiga á usted, mi bella señorita; que cure á usted y á los suyos sus enfermedades!» Esto les divertió nuevamente y partieron riendo los tres, encantados como niños, pensando que se había ya realizado el voto de la buena mujer.

En la Gruta María quiso desfilar inmediatamente para dar por sí misma el *bouquet* y las velas antes de arrodillarse. Aún no había allí mucha gente; se pusieron á la cola y pasaron al cabo de tres ó cuatro minutos.

¡Con qué miradas, llenas de éxtasis, lo examinó ella todo; el altar de plata labrada, el órgano-armonium, los exvotos, las gradas relucientes de cera, llameantes en pleno día! En esta Gruta, la cual aún no había visto sino de lejos, desde su carrito de miseria, encontraba por fin ella; respiraba allí como en el Paraíso mismo, bañada de un aire tibio y un soave olor, en que se dejaba María ahogar dulcemente.

Cuando depositó las velas en el fondo de la gran cesta y se subió

para enganchar el ramo en una lanza de la reja, besó detenidamente la roca por debajo de la Santa Vírgen, en ese sitio que millones de lábios habían pulimentado ya.

Y dió á esta piedra un beso de amor en el que puso la llama de su gratitud, un beso en el que se fundió su corazón.

Fuera, después, María se prosternó, entregándose á un acto de gracias sin fin. Su padre se había arrodillado también, junto á ella, mezclando al suyo el fervor de su gratitud. Pero no podía hacer mucho tiempo una misma cosa; poco á poco llegó á sentirse inquieto; acabó por inclinarse al oído de su hija para decirle que tenía que hacer un encargo del que no se había acordado antes. Seguramente, lo mejor era que ella se quedase allí en oración esperándole. Mientras ella acababa sus devociones, él despacharía, concluiría su comisión, y después pasearían con facilidad por donde ella quisiese.

María no le comprendió; ni siquiera le oyó. Se contentó con inclinar la cabeza, prometiendo no moverse, poseída de tal fe y enternecimiento que sus ojos se llenaban de lágrimas, fijos en la blanca estatua de la Vírgen.

Cuando el Sr. de Guersaint se unió á Pedro, que se había quedado algo separado, se explicó:

—Querido amigo; es un caso de conciencia. He prometido formalmente á nuestro cochero de Gavarnie ver á su patrón para decirle las verdaderas causas del retraso. Ya sabe usted: el barbero de la plaza del Marcadall... Y además, es preciso que me afeite.

Pedro, inquieto, tuvo que ceder ante la promesa de que estaría de vuelta dentro de un cuarto de hora. Solamente, como la carrera le parecía larga, se obstinó por su parte en tomar un coche que se hallaba estacionado á lo bajo de la meseta de la Merlasse. Una especie de cabriolé verde, cuyo cochero era un grueso muchacho, de unos treinta años, con un casquete en la cabeza, y fumando un pitillo. Sentado oblicuamente sobre el pescante, las rodillas separadas, guiaba con un *sans-façon* tranquilo de hombre bien alimentado y dueño de la calle.

—Esperemos usted—dijo Pedro al bajar, cuando llegaron á la plaza del Marcadal.

—Bien, bien, señor abate. Espero á ustedes.

—Y dejando su delgado caballo á los rayos del sol, fuese á bromear con una fuerte doméstica, desmelenada y despechugada, que se hallaba lavando un perro en el pilón de la vecina fuente.

Cazabán estaba justamente en el umbral de su tienda, cuyos altos cristales y claro color verde, alegraban la triste plaza, desierta toda la semana. Cuando el trabajo no apretaba, gustaba él de mostrarse así, entre sus dos escaparates, llenos de tarros de pomada y frascos de perfumes que despedían vivos matices.

En seguida reconoció á los visitantes.

—Me encuentro muy honrado... Suplico á usted que entren.

Después, á las primeras palabras que el señor de Guersaint quiso pronunciar para excusar al hombre que le condujo á Garvarnie, se mostró benévolo. Indudablemente que no era culpa del cochero, pues no tenía poder para impedir que las ruedas se rompiesen ni que lloviese. Desde el instante en que los viajeros no se quejaban, todo estaba muy bien.

—¡Oh!—exclamó el señor de Guersaint;—un país admirable, inolvidable.

—Pues bien, señor; puesto que nuestro país le gusta, usted volverá á vernos, que es cuanto podemos pedir.

En seguida, cuando el arquitecto pidió ser afeitado, se apresuró á servirle. Su mancebo estaba aún ausente, en unos recados de los peregrinos que albergaba. Toda una familia, que llevaba una maleta de rosarios, Vírgenes de yeso y grabados en cuadros.

Se oían en el primer piso multitud de pisadas, voces violentas, un barrullo de gentes enloquecidas por la próxima partida, en medio de un amontonamiento de compras que embalar.

En el comedor próximo, cuya puerta había quedado abierta, dos niños rebañaban jícaras de chocolate, tiradas entre el desórden del servicio de mesa. Y estaba la casa entera alquilada, entregada, durante las últimas horas de esta invasión del extranjero, que obligaba al barbero y á su mujer á refugiarse en el sótano, una estrecha cueva donde se acostaban sobre un catre de tijera.

Mientras que Cazaban le frotaba las mejillas con espuma jabonosa, el señor de Guersaint preguntó:

—Y bien, ¿está usted contento de la estación?

Ciertamente, señor; no me quejo. Ya oye usted; mis viajeros parten hoy, pero espero otros mañana por la mañana. Apénas queda tiempo para dar un limpión... Y así estaremos hasta Octubre.

Después, como Pedro siguiese de pié, yendo y viniendo por la tienda, mirando las paredes con aire de impaciencia, se volvió políticamente hacia él, diciéndole:

—Siéntese usted, señor abate; tome un periódico... Esto no será largo.

Con un gesto, el sacerdote dió las gracias rehusando sentarse; y el barbero continuó en su constante prurito de hablar:

—¡Oh! yo marcho siempre; mi casa es conocida por la limpieza de los lechos y por la bondad de la cocina... Solamente, la ciudad no está contenta; ¡ah, no! Y hasta puedo decir que jamás he visto un descontento parecido.

Se calló un minuto, afeitó la mejilla izquierda; é interrumpiéndose de nuevo, declaró repentinamente, en un grito que la verdad le arrancaba:

—Señor, los padres de la Gruta juegan con el fuego; he ahí todo lo que tengo que decir.

Desde entonces dió rienda suelta á su lengua y habló, habló hasta no poder más. Sus grandes ojos se agitaban en su larga faz, de pómulos salientes y tez morena, salpicada de rojo; mientras que todo su pequeño cuerpo, nervioso, se retorcía, sacudido por su exuberancia de palabras y de gestos.

Llegaba á su acta de acusación; decía los innumerables agravios que la antigua villa tenía contra los Padres. Los hospederos se quejaban, los mercaderes de objetos religiosos no tenían la mitad de los ingresos que debían percibir; en fin, la villa nueva acaparaba los peregrinos y el dinero; no había ganancia posible más que para las casas de huéspedes, hoteles y almacenes abiertos en las cercanías de la Gruta.

Era la lucha sin cuartel, la hostilidad homicida, agrandándose cada día; la vieja ciudad perdiendo en cada estación un poco de vida, destinada seguramente á desaparecer, á ser ahogada, asesinada por la ciudad joven.

¡Ah, aquella obscena Gruta! Era mejor cortarse los piés antes que pisarla. ¿No era descorazonador ver la tienda de juguetes que habían colocado al lado? Una verdadera vergüenza, acerca de la cual el obispo se mostraba indignando, y decíase que había escrito al Papa.

El, que se lisonjeaba de ser un libre pensador y un republicano de la antevíspera, que ya bajo el Imperio votaba por los candidatos de la oposición, bien tenía derecho á declarar que no creía en esto en la obscena Gruta, y que se le importaba un ardite de ella.

—Mire usted, señor, voy á contarle un hecho. Mi hermano es del Consejo municipal y pol él lo sé... Es necesario decir á usted antes, que tenemos un Consejo municipal republicano, al cual le aflige mucho la desmoralización de la ciudad.

Por la noche no se puede salir sin encontrar muchachas en las calles, ya sabe usted, vendedoras de velas, que se pierden con los cocheros que la estación nos trae; una población equívoca y flotante, llegada no se sabe de dónde... Es preciso también que explique á usted la situación de los Padre en frente de la ciudad. Cuando compraron los terrenos de la Gruta, firmaron un acta, por la cual se comprometían formalmente á no ejercer comercio alguno. Después han abierto una tienda, burlándose de su compromiso.

¿No es esto una competencia desleal, indigna de gentes honradas?... Así es que el nuevo consejo ha decidido enviar una comisión para exigir de los Padres el respeto al contrato, ordenándoles cerrar su tienda inmediatamente. ¿Y sabe usted, señor, lo que han contestado? ¡Oh! Lo que han contestado veinte veces, lo que contestan siempre, cuando se les recuerda sus compromisos: «Está bien; cumpliremos lo ofrecido; pero, como somos los dueños en nuestra casa, cerramos también la Gruta.»

Estaba indignado, con la navaja en el aire, y repetía marcando las palabras, con los ojos escandalizados por esta atrocidad:

—«¡¡Cerraremos la Gruta!!»

Pedro, que continuaba su lento paseo, se detuvo bruscamente, y le dijo cara á cara:

—¡Pues bien! El Consejo municipal no tiene más que responder: «¡Cerradla!»

Al oirle, Cazaban, casi ahogándose, muy encarnado y fuera de sí, balbuceando, repetía:

—¡Cerrar la Gruta!... ¡Cerrar la Gruta!...

—¡Ciertamente! Puesto que le irrita á usted y le descorazona esta Gruta, puesto que es causa continua de guerra, de injusticia, de corrupción. Esto se acabará y no se oirá hablar más de ello... En verdad, que sería una solución excelente, y si se tuviese algún poder para ello, se les hacía á ustedes un servicio obligando á los Padres á ejecutar su amenaza.

A medida que hablaba Pedro, perdía Cazaban su cólera, quedándose muy calmado y un poco pálido. Y en el fondo de sus grandes ojos, el sacerdote veía crecer una inquietud. ¿No habría ido demasiado lejos en su pasión contra los Padres? Muchos eclesiásticos no les querían, y tal vez este joven sacerdote se encontrase en Lourdes tan sólo para emprender una campaña contro ellos. Entonces, ¿quién sabe? Dentro de algún tiempo se vislumbraba el cierre probante de la Gruta.

Se vivía tan sólo de ella; y si la vieja ciudad gritaba, rabiosa por no recoger más que las migajas, aún era felíz con este provechio; y los mismos libre-pensadores que recogían á manos llenas el dinero de los peregrinos como todo el mundo, se callaban, mal de su grado, asustados desde el momento en que veían que los demás participaban de su opinión en contra de la Gruta.

Era necesario, pues, ser prudente.

Cazaban ocupóse de nuevo del señor de Guersaint. Se puso á afeitar el otro carrillo, murmurando con aire desapasionado.

—Oh! yo, lo que digo de la Gruta es que no me inquieta en el fondo. Y además, es muy necesario que todo el mundo viva.

En el comedor los niños acababan de romper una de las vasijas, en medio de ensordecedores gritos. Y Pedro púsose otra vez á mirar los grabados de santos y la Vírgen de yeso, con que el barbero había decorado la habitación para hacerla agradable á sus parroquianos.

Una voz gritó desde il primer piso, que la maleta estaba cerrada, y que el muchacho podía atarla cuando regresase.

Pero Cazaban, ante estos dos señores á quienes en suma no conocía, estaba desconfiado, molesto, con la cabeza llena de intranquilizadoras hipótesis. Le desesperaba dejarles partir de ese modo, sin saber nada acerca de ellos, después de haberse comprometido él por su parte. ¡Si estuviese á tiempo para recoger sus demasiado vivas palabras acerca de los Padres! Así es que, cuando el señor de Guersaint se levantó para lavarse la barba, cedió aquél á su necesidad de renovar la conversación.

¿Han oído ustedes hablar del milagro de ayer? La villa está desconcertada; más de veinte personas me lo han contado ya... sí; parece ser que han obtenido un milagro extraordinario, una jove señorita paralítica, que se ha levantado y ha guiado su carrito hasta el coro de la Basílica.

El Sr. de Guersaint, que iba á sentarse después de haberse enjugado, rióse muy complacido.

—Esa jóven señorita es mi hija.

Entonces, á este repentino rayo de dichosa luz, Cazaban se tranquilizó. Consolado ya, acabó de peinarle magistralmente, en medio de la exuberancia de gestos y palabras que le venían á la boca.

—¡Ah, señor! Felicito á usted y me considero muy honrado con haberle tenido entre las manos... Desde el momento en que su hija de usted está curada, esto basta á su corazón de padre. ¿No es cierto?

Y también encontró para Pedro una frase amable. Después, cuando se decidió á dejarles partir, miró al sacerdote con aire convencido, y dijo como hombre práctico, deseoso de concluir con lo referente á los milagros:

—Hay según se ve, señor abate, dicha para todos. De cuando en cuando, nos es conveniente uno de esta calidad.

Fuera ya, el Sr. de Guersaint tuvo que ir á buscar al cochero, quien seguía riendo con la criada, cuyo perro, mojado de agua, se sacudía al sol. En cinco minutos les condujo el coche á lo bajo de la meseta de la Merlasse.

La excursión había durado media hora, y Pedro quiso conservar el coche, con la idea de enseñar la ciudad á María sin fatigarla demasiado. Mientras que el Sr. de Guersaint corría á la Gruta á buscar á su hija, él esperó allí bajo los árboles.

En seguida el cochero trabó conversación con el sacerdote. Había encendido otro pitillo y se mostraba muy familiar. Era de una aldea de las cercanías de Tolosa, y no se quejaba, ganaba muy buenos jornales en Lourdes. Allí se comía bien, se divertía uno y era lo que podía llamarse un buen país. Decía estas cosas con el abandono del hombre á quien no inquietan los escrúpulos religiosos, sin olvidar, noobstante, el respeto debido á un eclesiástico.

Finalmente, desde lo alto de su pescante, medio echado, con una de sus piernas colgando, dejó caer lentamente estas palabras:

—¡Ah! sí, señor abate, Lourdes ha tenido buen éxito; pero el caso está en saber si esto durará mucho tiempo.

Pedro, impresionado por estas palabras, trataba de sondear la profundidad que encerraban, cuando reapareció el señor de Guersaint llevando á María. La había encontrado arrodillada en el mismo sitio, entregada aún al mismo acto de fe y de gratitud, á los pies de la Santa Vírgen; y parecía reflejar en los ojos toda la deslumbradora luz de la Gruta; de tal modo relucían de celestial alegría por su curación.

María no consintió de ningún modo en conservar el coche. ¡No, no! prefería andar; la importaba poco ver la ciudad, con tal que durante una hora aún, anduviese del brazo de su padre por los jardines, por las calles, por las plazas, por donde quisieran. Y cuando Pedro pagó al cochero, ella fué quien echó á andar por un paseo del jardín de la Explanada, arrobada de pasearse así, á pasos cortos, á lo largo de los céspedes, cuajados de floridas cestillas, bajo los grandes árboles.

¡Eran tan dulces, tan frescas, todas esas hierbas, todas esas hojas esos paseos umbrosos, solitarios, desde donde se oía el eterno murmullo del Gave!

Después deseó volver á las calles, entre la muchedumbre, para encontrar allí de nuevo la agitación, el ruído, la vida, de la cual sentía la necesidad todo su ser.

En la calle de San José, al reparar en un panorama donde se veía la antigua Gruta con Bernadette arrodillada el día del milagro de la vela Pedro tuvo la idea de entrar. María sintió una alegría infantil, y el señor de Guersaint también mostró el más inocente júbilo, sobre todo cuando notó que muchos de los peregrinos que se precipitaban con ellos en el fondo del oscuro corredor, acababan de reconocer en su hija á la jóven curada milagrosamente la víspera, ya gloriosa, y cuyo nombre circulaba de boca en boca. Arriba, sobre el estrado circular, cuando María se mostró á la difusa luz de un velón, hubo una especie de ovación alrededor de ella; dulces cuchicheos, devotas miradas, un estático arrobamiento al verla, al seguirla, al tocarla. Ahora, era esto la gloria; sería amada así en todas partes por donde fuese.

Para que se olvidasen un poco de ella, fué necesario que el empleado encargado de las explicaciones, se pusiese á la cabeza del pequeño ejército de visitantes, dando la vuelta, contando el episodio que representaba la inmensa tela circular de 126 metros de largo. Tratábase de la décima séptima aparición de la Santa Vírgen á Bernadette, el día en que, arrodillada ante la Gruta, tenía por descuido durante la visión, abandonada una mano sobre la llama de su vela, sin quemarse; y todo el antiguo paisaje de la primitiva Gruta se encontraba allí restablecido, toda la escena hallábase reconstituída, con sus históricos personajes, el médico haciendo constar el milagro con el reloj en la mano, el alcalde, el comisario de policía, cuyos nombres pronunciaba el empleado, en medio del embelesamiento del público que le seguía.

Entonces, por un inconsciente enlace de ideas, Pedro recordó las palabras que el cochero acababa de pronunciar: «Lourdes ha tenido buen éxito; pero el caso está en saber si esto durará mucho tiempo.» En efecto, esa era la cuestión. ¡Cuántos santuarios venerados habían ya sido edificados de este modo, á la voz de inocentes niños, elegidos entre todos, y á los cuales se había mostrado la Santa Vírgen!

Siempre comenzaba de nuevo la misma historia; una aparición, una